



LA POÉTICA DE LA DESESPERACIÓN

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

ferreira@um.es

Resumen:

Hemos llegado a un punto en el que, simplemente, la racionalidad ha agotado su capacidad de respuesta; nunca fue, esa «Diosa de la Ilustración», depositaria de una humanidad «íntegra», sino, más bien, predadora y despótica abandonada de un proyecto de ser humano aniquilado, frío y calculador.

Ella, con sus vástagos tecnológicos y económicos, nos ha llevado a dónde estamos, a la Desesperación. Cabe entonar el cántico: «¡la Razón ha muerto! ¡Viva la Razón!», para emprender, al fin, un camino de huida, de salvación, un camino poético, en el que el ser humano, sin duda, podrá reencontrarse entre los escombros a los que la muerta Razón lo ha condenado.

En esta poética de la desesperación, única vía a través de la cual podremos rescatarnos de la tumefacción que nos envuelve, constriñe y ahoga, tiene cabida un pensamiento creativo, no deudor de los lastres a los que el pensamiento ha sido sometido desde que Bacon y Descartes santificaron el método científico. Un pensamiento prolífico, desatado, aullante, en el que sumar una polifonía de voces que anuncien, con descaro, universos alternativos.

La Sociología, la de verdad, la que se siente herida por el sufrimiento creciente al que nos condena el Neocapitalismo actual debe sumarse a esas voces.

Palabras clave:

Poética de la desesperación, globalización, fin del capitalismo, revolución, sociología de la crisis

Title: The poetry of despair

Abstract::

We have reached a point where, simply, rationality has exhausted its capacity to respond, it, this "Goddess of Enlightenment", never was a repository of humanity 'in full', but rather a despotic, predator and flagship of a human being annihilated draft, cold and calculator.

She, with her technological and economic offspring, has led us to where we are, to Despair. We can sing the song "Reason is dead !Applaud Reason!". To undertake, at the end, a way of escape, of salvation, a poetic way in which the human being, without doubt, will be able to reunite himself from the rubble to which the dead Reason has condemned.

In this poetry of despair, the only way through which we can rescue us from the swelling that surrounds us, constraining and drowns, has room for creative thinking, not paying the weights to that thought has been subject since Bacon and Descartes sanctified the scientific method. A prolific thought, unleashed, howling, which add a polyphony of voices that announce, boldly, alternate universes.

Sociology, the real one, which is hurt by the increasing suffering to which we are condemned by the current neo-capitalism has to add to those voices.

Key-words: poetry of despair, globalization, end of capitalism, revolution, sociology of the crisis

«Un gobierno relativamente honrado es posible, aunque sea raro [...]

Las personas de estatus elevado de cualquier sociedad hacen cuanto pueden para procurar que las cualidades que poseen sean aquellas que reciben un alto valor por parte de la sociedad. [...]

...puede que no sea demasiado cínico sugerir que, en las sociedades modernas, uno de los principales propósitos no reconocidos de la educación formal es la inhibición de una diseminación demasiado amplia del conocimiento preciso del funcionamiento de la propia sociedad».

Barrington Moore¹

La desesperación

Vivimos, los seres humanos, en un mundo, el planeta Tierra, en el que:

Según un informe de la ONU de 2007/08, el 40% de la población del planeta sobrevive con menos de 1 dólar al día y percibe apenas un 5% de la renta global producida (Giddens, 2010).

830 millones de personas pasan hambre cada día, de las cuales, 200 millones son niños menores de 5 años (Ibíd.).

Mueren 12 millones de niños de hambre cada año. Aunque, «sin embargo, más de tres cuartas partes de los niños malnutridos [de] menos de cinco años de los países de renta media y baja viven en lugares que, en realidad, producen superávit de alimentos» (Ibíd. 568).

218 millones de niños, entre 5 y 14 años trabajan, todos los días, en los Países en Vías de Desarrollo (Ibíd.). En 1995, el 40% de los niños de África de esa edad trabajaban (Castells, 1996)

A mediados de los 90, 358 personas, las mayores fortunas individuales del planeta, acumulaban una riqueza equivalente a la poseída por el 45% de la población del planeta que vive en los lugares más desfavorecidos (Castells, 1996).

¹ Moore (1998: 148, 135).

El 20% de la población más pobre del planeta ha visto reducida su parte de la Renta Global en el último tercio del s.XX, pasando del 2'3% al 1'4% (Ibíd.).

Mientras que el 20% de la población más rica pasó en el mismo período de disponer del 70% de dicha Renta Global a alcanzar el 85% de la misma, o sea, se duplica la desproporción entre la parte más rica y la más pobre, del 30:1 al 60:1 (Ibíd.).

Los sueldos de los altos directivos en EEUU era, en 1973, 44'8 veces superiores al sueldo medio del país, pasando en 1995 a ser de 172'5 veces más. Mientras que los salarios de las familias no han dejado de disminuir. En 1995, el 30% de los trabajadores en EEUU ganaba salarios de pobreza (Ibíd.).

Ése es el mundo que habitamos. Un mundo en el que cada vez más la riqueza se concentra en menos manos y la pobreza se extiende a poblaciones enteras. Un mundo en el que la juventud de los países desarrollados disfruta de teléfonos móviles, conexiones wifi, deportivas Nike, Coca-Cola, video-juegos, mientras los jóvenes de los países pobres se mueren, a millones, de hambre. Un mundo en el que las principales fortunas personales superan los 50.000 millones de euros mientras países enteros carecen de agua potable y de recursos materiales para subsistir. Un mundo en el que los especuladores financieros juegan a la lotería de las deudas nacionales de los países mientras las ciudadanías (las más "privilegiadas": las que no lo son, se mueren de hambre) ven recortados sus derechos y sus prestaciones sociales, son arrojadas al desempleo masivo y a la absoluta falta de oportunidades, de expectativas... de futuro.

Ése es el panorama de la desesperación.

(En tanto que alguien puede "indignarse" porque la soez forma de proceder de la política hunde los sistemas públicos de educación o sanidad mientras que, simultáneamente, no deja de "inyectar" dinero público a las entidades bancarias que con sus especulaciones nos han llevado a dónde estamos, la Amazonía ha perdido un 20% de su volumen en una década en beneficio de grandes empresas de explotación de recursos: el "indignado" se indigna en el restringido marco de su experiencia próxima, de occidental acostumbrado a tenerlo todo, mientras el planeta se asfixia, languidece, por los intereses empresariales: el "indignado" no sabe lo que es pasar hambre toda la vida... aún así, su indignación merece una cierta atención, pues se desmarca de la ortodoxia práctica y discursiva que nos extorsiona cotidianamente; el indignado, al menos, tiene la capacidad de indignarse y de plantearse que sería deseable un mundo distinto; ha de hacer uso de su privilegio, dado que los que se mueren de hambre no tienen tiempo para pensar en otra cosa que en sobrevivir, no tienen recursos para "indignarse"... están condenados desde el principio).

Hemos alcanzado un modelo de existencia que comenzó su andadura allá por el s. XVI en la Europa Occidental, atravesado de conflictos bélicos, disputas por el poder, sometimiento, subordinación, colonialismo, imperialismo, genocidios... y que alcanzó su plenitud en el último tercio del s. XX, habiendo logrado imponerse como modelo hegemónico en todo el planeta. Ese modelo ha sido denominado "Modernidad", y tenía por pilares fundamentales: un sistema político basado en los principios democráticos de la ciudadanía representativa, avalados por la institución del Estado-nación; un sistema económico capitalista fundamentado en el libre mercado y la búsqueda individual del beneficio; y un sistema cognitivo anclado en los principios racionalistas de la ciencia. Sobre esos pilares, además, se edificaron otras dos instituciones clave: la familia nuclear burguesa, seno primario de la socialización de los seres humanos; y la escuela, el aparato institucionalizado de transmisión de los principios rectores del modelo, aparato gestionado por el Estado-nación.

Sobre la base de esos pilares y de esas instituciones, la gente logró alcanzar, hacia los años 60 y en una cuarta parte del planeta (la más favorecida), una existencia relativamente estable²: las políticas keynesianas fomentaron unas organizaciones socio-político-económicas en las que el trabajo era una garantía mayoritaria para la integración social. Un salario, coberturas sociales, capacidad de ahorro (y por tanto, de consumo), derechos de ciudadanía... en fin, una vida que merecía la pena ser vivida.

Pero, a la par, ese modelo propició una inusitada concentración de capitales: las multinacionales se hicieron con el control. Producir en masa, al menor coste (lo que alimentaba esas muertes de niños en los lugares del planeta menos favorecidos), para el consumo de unos sectores sociales, en el primer mundo, con creciente capacidad de adquisición. Y, además, se inventó el “crédito”: si no puede ahora, hágalo a plazos. De modo que los bancos se convirtieron en los garantes del bienestar de una importante franja de las poblaciones occidentales.

No había desesperación.

Lamentablemente, se estaba alimentando una “burbuja”, la del sueño ilustrado del progreso indefinido de la humanidad (que lo era, en realidad, de una minoría de la misma). Y la burbuja explotó. Pero había gente que ya no podía/quería salirse del “flujo ascendente” (la minoría de la minoría).

Con la crisis del petróleo de los 70, se desencadenó una nueva dinámica que puso fin a la que se venía dando desde la post-segunda guerra mundial. Pero el problema venía de antes (Harvey, 1998). La producción en masa para mercados de escala llegó a su agotamiento: se habían saturado los mercados. Y en esa saturación, unos pocos habían ganado mucho dinero que ahora no sabían dónde colocar para seguir obteniendo de él los beneficios a los que estaban acostumbrados.

Y entonces, se inventó una nueva forma de producirlos: la especulación financiera. Todos esos capitales acumulados durante el auge se “inventaron” nuevos mercados, los mercados secundarios, los de derivados, los de riesgo. Mercados en los que la titularidad de hecho de los “objetos” de compra-venta, bienes o servicios, adquieren una entidad “virtual” y secundaria y se sacan al juego de “a ver si les va bien o les va mal”... apuesten ustedes; las apuestas tienen premio.

Esto fue factible porque la ideología neoliberal, acompañada con la revolución en las nuevas tecnologías de la información, cambió la verdad de la economía. Este discurso ya se venía gestando desde mediados del s. XX (Foucault, 2004), pero cobró su máxima expresión con el tándem Reagan-Tatcher. De pronto, y en contra de lo que había venido siendo el parecer mayoritario hasta la fecha, hacer economía era propiciar todas las medidas que fomentaran la inversión empresarial: si antes, para lograr prosperidad económica, era necesario que hubiera una gran cantidad de demanda solvente que comprara lo que las empresas producían, ahora, lo que era necesario era facilitar que hubiera muchos empresarios dispuestos a invertir en sus empresas para así generar empleo.

No sólo esto acabó llevando al hundimiento de los tejidos sociales (que mayoritariamente se componen, no de empresarios, sino de trabajadores), sino que facilitó que el interés por invertir del empresario se derivara a esos nuevos mercados especulativos, en los que no se fabrica nada que sea de utilidad para nadie, salvo

² Este relato es “occidocéntrico”: remite a la degradación de la existencia de aquellas zonas del planeta que se han beneficiado de la Modernidad. Los millones de niños que mueren de hambre han venido siendo una constante; la única diferencia a fecha actual es que son muchos, muchísimos más. Y de lo que se trata es de entender cómo, desde “aquí”, desde el privilegio, hemos consentido que esas muertes alimenten el “progreso” de nuestra existencia. Pido perdón a todos/as aquellos/as seres humanos desconocidos que han sufrido y sufren nuestra falta de humanismo.

para los inversores (que lo único que «fabrican» es su enriquecimiento especulativo a costa de terceros), y en los que el dinero se retroalimenta a sí mismo sin producir riqueza colectiva.

Mister X tenía una empresa de zapatos que contaba con una plantilla amplia de trabajadores/as y fabricaba una cierta cantidad de zapatos al año. A *Mister X* le iba bien (llegó a montar varias fábricas más en el extranjero, aprovechándose de que allí la mano de obra le salía más barata). Pero en un momento dado, *Mister X* se dio cuenta de que, en lugar de todos los esfuerzos que le suponía mantener su empresa (estudios de mercado, planificación de producción, diseño de productos, gastos laborales, renovación de maquinaria, etc.), le resultaba más rentable llevarse sus beneficios a la inversión en mercados secundarios: si compro esta cantidad de este producto (compuesto, digamos, de apuestas de riesgo de créditos hipotecarios, fondos de inversión de pensionistas de tales países y evolución de la deuda pública de ciertos otros) gano 100 veces más en un año, si me va bien, que con la empresa de zapatos. *Mister X* cerró su empresa y se dedicó, desde entonces, a la especulación financiera. Dicen que vive, a fecha actual, mucho mejor... a costa de todos/as los que han sufrido por ello.

Aquí llega la desesperación: cuantos más *Mister X* surjan, más gente se quedará sin zapatos, sin trabajo, sin vida, sin existencia, sin esperanza.

Hemos creado un monstruo, el monstruo del capitalismo global-neoliberal-especulativo. Lo hemos creado todos/as, pues hemos sido conniventes con su dinámica y nadie ha dicho “basta” a tiempo. Todos/as hemos participado de lo que nos ofrecía (en lo material) y nos prometía (en lo ideológico), y hemos callado, consentido y asumido.

Ese monstruo alimentó dos de los cuatro pilares de la Modernidad, el económico y el de la racionalidad (instrumental) científica, y destruyó los otros dos, el político, el del Estado-nación, y el de la familia. La ideología que ha dado soporte al nacimiento y crecimiento del monstruo, la ideología neoliberal, ha erigido al «individuo» en la principal deidad de su credo: un individuo calculador y egoísta que ha de optimizar sus apuestas estratégicas en competencia con todos los demás, con el único objetivo del beneficio, y por lo tanto, a costa de cualquier responsabilidad política, de cualquier principio ético y de cualquier filiación afectiva. El individuo, como prototipo de persona, representa el principio empresarial del capitalismo. El monstruo generó un mundo constituido por empresas propiamente dichas y por individuos-empresa, por unidades reguladas por un mismo y único objetivo: ganar dinero. La volatilidad de los capitales financieros dedicados a la lotería del riesgo logró suprimir toda capacidad de maniobra fiscal de los Estados-nación y los puso a su servicio. El Estado-nación ya no es más que una reliquia de un mundo extinguido, una pantomima ritual, un mero esperpento, una marioneta cuyos hilos mueven esos capitales. Y a la par, la individualización empresarial de nuestra existencia, la atomización social a los que nos ha conducido el neoliberalismo, ha vaciado de sentido los principios afectivos de la familia; el individuo no tiene afectos, sólo estrategias, de modo que la familia queda reducida a un cálculo de rentabilidad, a un mero contrato de intereses. Suprimido el compromiso afectivo, la familia, a su vez, queda reducida a mero residuo testimonial de un mundo que ya no existe: la familia es un mero contrato que se hace o se deshace en función de los intereses de los individuos que suscriben el contrato. Y con ello, se destruye el ámbito fundamental en el que se venía gestando la socialización primaria de las personas. El estado ya no nos protege ni la familia nos cobija; quedamos sometidos a la cruda lógica económica y a los principios de la racionalidad instrumental que la alimentan.

Pero, ahora, ese modelo, se ha agotado. Llega la desesperación. Y ante ella, como única respuesta plausible, sólo nos queda la poética. Porque cualquier otra, avalada por principios de racionalidad, será desmantelada por la ortodoxia tecnocrática que ha asumido el poder y nos manipula.

Pero... ¿qué poética es la adecuada?

La poética

«...y decíase [Don Quijote] a sí mismo:

- ¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas marquesas ni condesas? Que yo he oído decir muchas veces y a muchos discretos que, si puede, antes os la dará roma que aguilena. Y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertarán mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga a caer donde nunca he tropezado? Y en caso semejante, mejor es huir que esperar la batalla».

*Don Quijote de la Mancha*³

«Mejor es huir que esperar la batalla». Lo que no lograron domeñar, la firme (y, evidentemente, un tanto lunática) preferencia de D. Quijote por Dulcinea (su horizonte de futuro), acomodadas aristócratas, podría hacerlo una simple posadera. Y así, desde la humilde condición de caballero andante, portador de un rocín flaco y una bacía por casco, cuando el poder inapelable, el diablo, te tienta, no con nobles damas, sino con una «dueña», lo evidente es huir... ¿cómo, siquiera, pensar en plantear batalla?. Como reitera el gran maestro (con mayúsculas) José Luis Sampedro: nos gobiernan con el miedo.

Pues, mi querido homólogo nominal (por Miguel): estamos ante la tesitura de plantar batalla al diablo o fenecer como condición humana (que de fenecer, no de tal condición, sino directamente, en carnes de terceros, insistamos en ello, somos culpables cada día).

Y aquí empieza la «poética».

«El sueño de la razón engendra monstruos». De la expresión, y del lienzo de Goya, se ha hecho una lectura «ilustrada»: cuando la razón deja de actuar, cuando duerme y está inactiva, surgen los monstruos, los horrores, de modo que la razón ha de estar siempre activa y vigilante. Sin embargo, cabe otra lectura, en la que el «sueño» de la razón no es durmiente, sino imaginativo: la razón activa, desbordando su propia racionalidad, es la que sueña esos monstruos, la que los imagina como fruto de su quehacer racional. La razón razonadora es también imaginación y deseo; su racionalidad es de procedimiento, operativa —es la razón del «método»—, instrumental, e indisociablemente comporta una dimensión finalista, no racional, ni racionalizable, que puede engendrar objetivos monstruosos.

Lamo de Espinos (2010) nos ilustra al respecto: uno de los productos más emblemáticos de esa razón fue la bomba atómica: la razón científica de la física del momento, logrando llevar al extremo los últimos conocimientos desarrollados por dicha ciencia, engendró el monstruo de cientos de miles de muertos y las secuelas en las generaciones posteriores (la razón, científica, no dormía; imaginaba; imaginaba al amparo de los militares que la financiaban en su quehacer). Como advierte Lamo, cuanto más conocimiento científico se produce tanta menos sabiduría tenemos, pues no sabemos qué hacer con ese conocimiento, inmersos en la desorientación ética; el conocimiento es «neutro» y, por lo tanto, no está comprometido con ninguna causa.

Otro ejemplo emblemático: el holocausto nazi. Como bien ilustra Bauman (1998), el holocausto no fue una «desviación», un «error», un «paso atrás» en el progreso de la Modernidad y sus principios de racionalidad, sino uno de sus mejores y más perfectos resultados. El holocausto se caracterizó por su magnífica eficiencia: se logró inventar la solución más eficaz al problema planteado; los campos de exterminio eran la forma más racional de exterminar seres humanos en masa a bajo coste, eran modernísimas fábricas de muerte. Había

³ Cervantes (1990: 381)

una perfecta planificación administrativa, una perfecta organización de transporte, un perfecto método, científico, de exterminar, gracias a los avances de la ciencia química alemana del momento. No se habría podido llevar a cabo tal proyecto sin todos los avances logrados por la racionalidad occidental.

Esos 200 millones de niños que pasan hambre en el mundo también son fruto de la razón en su actuar; son producto de la racionalidad económica llevada a su máximo rendimiento por los principios del neoliberalismo global y de la especulación financiera.

Como vemos, los monstruos de la razón son genocidios. Y parece que cuanto más activa la razón se muestra, cuanto más perfecciona sus métodos operativos, tantas más muertes de seres humanos se producen. ¿Se ha vuelto loca la razón, desvaría... o es que ya contenía en su propia conformación como principio de regulación de nuestra existencia esa condición genocida? Sumando evidencias (algo, por cierto, muy del agrado de la razón), lo segundo parece más verosímil que lo primero: la razón, la racionalidad surgida con la modernidad occidental, es constitutivamente genocida. Y tanto es así que ha acabado por aniquilarse a sí misma: el máximo desarrollo de los principios de racionalidad en la regulación de nuestra existencia ha conducido al aniquilamiento de la racionalidad. Y ha de reemplazarla la poética. Nuestro conocimiento del mundo, nuestra capacidad de dotar de sentido a nuestra existencia y, con ello, de orientar nuestra acción ha de reedificarse sobre unos pilares distintos a los del frío cálculo, ha de encarnarse, hacerse cuerpo, cuerpo dotado de emociones y de sentimientos. Y si la emoción que nos embarga ahora es la de la desesperación, hemos de hacer de ella principio de nuestro conocer y de nuestro actuar en este mundo que la razón ha expoliado... y pedir que rindan cuentas los expoliadores que han actuado en su nombre.

El mundo —las cosas, las personas, las instituciones, la economía, la política, la cultura...— no es como es porque obedezca a una constitución inmanente, objetiva y neutra, sino que, si bien no completamente, sí en gran medida, es resultado de lo que hacemos y pensamos y sentimos. Si esos 358 multimillonarios fueran personas distintas, si no estuvieran corrompidos por la ideología neoliberal y sumidos en las prácticas propias de la misma, erradicarían el hambre en el planeta en apenas unos meses. Si los banqueros y los especuladores financieros que nos han introducido en la dinámica suicida en la que estamos fueran personas distintas, se acabaría automáticamente con todos esos mercados en los que andan metidos y todo ese dinero se destinaría a fines distintos. Si los dirigentes políticos actuales fueran personas distintas, dejarían de intentar a toda costa manipularnos mediante el miedo y pondrían a disposición de las ciudadanías el derecho de tomar decisiones.

La desesperación es el sentimiento que cada vez aglutina a más gente, en el planeta en su conjunto. Hagamos de él nuestra «conciencia de clase». Quiero decir; si la razón ha muerto, ya no vale el principio operativo que Marx propusiera para la constitución de un sujeto colectivo revolucionario. La razón también aniquiló a ése que él vislumbró como tal, el proletariado, así como las condiciones objetivas que lo convertirían en tal. Si se trata de generar una identidad colectiva capaz de emprender un proyecto de transformación, no busquemos ya producirla mediante un conocimiento objetivo de aquello que nos enfrenta a la minoría que nos domina, somete y aniquila. Propugnemos un principio poético: la desesperación. La gran mayoría de los seres humanos, hombres y mujeres, mayores y niños, estamos desesperados. Y queremos dejar de estarlo. Queremos que quienes son los causantes de nuestra desesperación dejen de serlo, queremos que se bajen de sus pedestales, pináculos y ambientes selectos y nos den la oportunidad de vivir una vida humana. Porque, de hecho, despojados de los artificios que los adornan, tienen, como nosotros, que comer y cagar todos los días; son feos o guapos con independencia de su poder o de su riqueza; tienen que soportar las inclemencias meteorológicas (pues por muy privilegiados que sean, si llueve quieren resguardarse, como todo el mundo); no son inmunes a las enfermedades; si sufren una lesión física, les duele; si alguien que quieren se muere, se entristecen; si se da un acontecimiento feliz en su vida, se alegran; y, sobre todo, se van a morir, pues todo ser humano se muere (ellos, claro, no lo harán de hambre, como esos millones de niños pobres... pero se van a morir; y el legado que dejarán, a su muerte, es que se morían millones de niños, durante su existencia, mientras ellos no hicieron nada, absolutamente nada, por remediarlo).

De la desesperación como identidad colectiva para la transformación surge un abundante caudal de conocimiento que poner en acción. No hacen falta principios de racionalidad para ello. Cualquier fuente de desesperación de cualquier ser humano a fecha actual conduce a las mismas causas; el recorrido que lleva a ellas puede ser más o menos tortuoso o intrincado, pero la conexión entre nuestra desesperación y sus causas es la misma para todos/as: de la extrema desesperación por ver que tus hijos se van a morir de hambre a la no tan cruenta de que te recortan el salario porque se desestabiliza el sector financiero del país en el que te ha tocado en suerte vivir (con toda la infinita gradación intermedia que se puede dar entre un caso, terrible, y el otro), la cuenta resulta la misma: unos cuantos banqueros y especuladores, aglutinados en grandes corporaciones transnacionales, junto con la connivencia de políticos sumisos a sus intereses, esos, esos son los culpables. Y son pocos. Una minoría crecientemente minoritaria de personas es la causante de nuestra cada vez más mayoritaria desesperación. Y no queremos seguir desesperados. Luego es necesario un cambio profundo del mundo en el que vivimos.

Ahora bien; si, poéticamente, asumimos que la desesperación es lo que nos aglutina como sujeto colectivo revolucionario, hemos de asumir el principio de la renuncia. Eso nos engrandecerá, frente a los que nos desesperan, porque jamás se han planteado que fuera posible llevarlo a la práctica.

Hablo en nombre propio, pues es de mi desesperación de la que me alimento. Pero el ejemplo, particular, debería servir para que el principio, general, se haga expreso.

La *Fórmula 1*. Desde que Fernando Alonso apareció en escena, quien esto escribe ha sido seguidor fiel de la misma. Pero últimamente se ha dado cuenta de lo que realmente significa. Es un «circo» de millonarios (desde los pilotos hasta los propietarios de las escuderías) que practican un, así llamado, deporte que cumple todos los requisitos, todos, que lo integran en las causas fundamentales de nuestra desesperación: el gasto de combustible y neumáticos es, con diferencia, el que más deteriora el medioambiente en comparación con el producido por cualquier otro tipo de automóvil; los circuitos visitados lo son por la cantidad de dinero que ponen al servicio del circo; los principales patrocinadores forman parte de los más importantes agentes de la especulación financiera; a los países a los que llega no les aporta absolutamente nada en cuanto a riqueza colectiva, pues son intereses privados los que se llevan los beneficios mientras que los recursos públicos pierden por ello. ¿Merece existir un mundo en el que existe Fórmula 1 mientras 200 millones de niños pasan hambre? No. Pero, lamentablemente, quien escribe sigue siendo seguidor de ella. Hay que renunciar.

Cada cual que haga el cálculo de sus renunciaciones, pues hasta que no estemos todos/as dispuestos/as a renunciar a esas fantasmáticas ofertas de las que nos provee el modelo actual, y hagamos causa común de dicha renuncia, nuestra desesperación no dejará de incrementarse.

La poética de la desesperación nos sitúa en nuestra verdadera condición: seres humanos, frágiles, perecederos, prescindibles (todos: quienes mandan y quienes obedecen), que no podemos ir más allá de nuestra limitada condición humana, por mucho que la razón ilustrada haya pretendido que ello sea posible. Somos una especie biológica que ha colonizado un planeta y que, por el modo en que se viene desarrollando dicha colonización, lo estamos destruyendo, al tiempo que una parte de la especie está viviendo a costa de la aniquilación de otra parte de la misma. ¿Tenemos la capacidad de “pensar”... pues, en qué estamos pensando para dejar que el mundo en el que vivimos sea como es?

Nos creímos, porque así se encargaron los aparatos ideológicos adecuados de convencernos, que nuestra condición individual era el principal recurso de nuestra existencia (allí a donde llegaba, a donde le interesaba llegar, dicho discurso), y ahora vemos que, colectivamente, nos estamos destruyendo. Por no protestar, luchar, resistirnos, todos/as somos culpables de esa autodestrucción. Y ha llegado el momento de frenarla... desde la desesperación... poéticamente. Pues, como especie que no como individuos, somos poéticos, siempre lo hemos sido; la razón es un invento, re-inventado por la ilustración, que nos desmerece como especie.

Cada vez más colectivos sociales verán recortadas sus oportunidades de vida. Ya se dan movilizaciones. Cada uno de ellos frente a los agravios puntuales de los que son objeto. Falta lograr el aglutinante general: la desesperación. ¡No queremos seguir viviendo en la desesperación... queremos soluciones! Y como los que están en condiciones de tomar decisiones no nos las van a dar, habremos de buscarlas, inventarlas, por nosotros mismos.

De la poética de la desesperación surge (y esperemos que surjan muchas otras) una iniciativa sociológica: el ser humano ha sido expropiado de su condición de tal en lo que se refiere a su necesidad vital de convivir con otros seres humanos. Nos han condenado a la competencia, al instrumentalismo, al egoísmo, al individualismo. De mi desesperación, particular, surge la urgente necesidad de revelarme contra esa imposición.

Quiero un mundo en el que los niños no mueran de hambre y en el que los especuladores estén prohibidos. Quiero un mundo en el que las armas sean una reliquia. Quiero un mundo en el que mi existencia no esté condicionada por el devenir del banco en el que me ingresan la nómina. Quiero un mundo en el que los políticos no sean marionetas de sus propios intereses particulares y de las imposiciones de los poderes financieros. Quiero un mundo en el que el planeta sea tratado con amor... quiero un mundo humano. Y no lo tenemos.

La poética de la desesperación debería aglutinar a cuanta gente, por las muy diversas causas que sean, quiera que, para salir de la desesperación, nuestro mundo, nuestra convivencia colectiva, cambie drásticamente.

...Y para eso, la verdad, hace falta mucho mucho esfuerzo, valentía y ganas de, diciendo “basta”, echar a unos cuantos de dónde están...

Bibliografía:

Bauman, Z. (1998): “Introducción: la sociología después del Holocausto”, *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur; pp. 1-39.

Barrington Moore, Jr. (1998): “Principios de la desigualdad social”, *Principios de la desigualdad social y otros ensayos*. Barcelona, Hacer: pp. 127-154.

Castells, M. (1996): “El cuarto mundo: capitalismo informacional, pobreza y exclusión social”, en M. Castells: *La Era de la Información* (Volumen 3), Madrid, Alianza; pp. 95-191.

Cervantes, M. (1990): *Don Quijote de la Mancha* (vol. 2), Madrid, Cátedra.

Giddens, A. (2010): “Desigualdad global”, *Sociología*, Madrid, Alianza; pp. 556-608.

Foucault, M. (2004): “Clase del 14 de febrero de 1979”, “Clase del 21 de febrero de 1979”, en: *Nacimiento de la Biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica; pp. 155-216.

Harvey, (1998): “La transformación económico-política del capitalismo tardío del siglo XX” [cps., 7-9], *La condición de la postmodernidad*. Buenos Aires, Amorrortu; pp.143-196.

Lamo de Espinosa, E. (2010): *La sociedad del conocimiento. Información, ciencia, sabiduría*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid; pp. 9-70.